

CLÁSICOS
A MEDIDA



Leyendas

Gustavo Adolfo Bécquer

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Leyendas* existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones del Grupo Anaya

www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Remedios Luna Fernández, 2011
© De la ilustración: David Guirao, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Coordinador de la adaptación: Emilio Fontanilla Debesa
Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, abril 2011

ISBN: 978-84-667-9500-5
Depósito legal: Bi. 6156/2011
Impreso en Gráficas Muriel, S. A.
28903 Getafe (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Introducción	5
El Monte de las Ánimas (<i>Leyenda soriana</i>)	15
Maese Pérez el organista (<i>Leyenda sevillana</i>)	29
El rayo de luna (<i>Leyenda soriana</i>)	51
El miserere (<i>Leyenda religiosa</i>)	67
El Cristo de la calavera (<i>Leyenda toledana</i>)	81
La promesa (<i>Leyenda castellana</i>)	97
El beso (<i>Leyenda toledana</i>)	115
Apéndice	135



Introducción

Leyenda: fantasía y realidad

Según la acepción cuarta del Diccionario de la Real Academia una *leyenda* es una «relación de sucesos que tienen más de tradicionales o maravillosos que de históricos o verdaderos». Esta definición relaciona los dos planos o ejes en que se desenvuelve cualquier leyenda: el plano mágico o maravilloso, donde tiene lugar todo lo que se aparta de la verosimilitud narrativa; y el plano real, que sirve de base para construir sobre él ambientes de maravilla lírica, mundos de ultratumba o sueños de la imaginación.

Numerosos son los ejemplos representativos del mundo mágico en las *Leyendas* de Bécquer que vas a leer a continuación: una estatua que cobra vida para vengarse, un Cristo que apaga luces para evitar un duelo, una mano muerta que es imposible de enterrar y que protege al amado, un templo que se reconstruye mágicamente, unos esqueletos que resucitan, una

música que nos eleva al cielo, un órgano que toca solo, un espejismo que confunde un rayo de luna con una mujer.

Pero para hacer creíbles estos fenómenos hay que situarlos en el mundo real: en un lugar y tiempo determinados. Así, la mayoría de las leyendas de Bécquer están localizadas en lugares conocidos por los lectores: Sevilla, Soria, Toledo, Fitero, Madrid, y aluden, en concreto, a edificios y monumentos famosos que tan bien conoció Bécquer: la catedral y la Giralda de Sevilla, el Alcázar y la plaza de Zocodover de Toledo, la abadía de Fitero, el río Duero...

Para la localización temporal, Bécquer recurre a la época medieval, en plena Reconquista (*El rayo de luna*, *El Monte de las Ánimas*, *La promesa*, *El Cristo de la calavera*), al siglo XVI (*Maese Pérez el organista*) o a un tiempo más cercano al del autor (*El miserere*, *El beso*) incluyendo en su narración a personajes históricos relevantes de cada época: el rey Fernando III el Santo, Alfonso VIII de Castilla, Felipe II, o menos individualizados, como ballesteros, escuderos, dueñas, damas, galanes, trovadores, peregrinos, recaderas, religiosos, etc., que constituyen el trasfondo de la vida real y literaria de cada leyenda.

La verosimilitud también se logra con las descripciones, tanto de lugares (ruinas, monasterios, callejuelas, salones, campamentos) como de personajes, especialmente de su vestimenta en las batallas o en las fiestas palaciegas. Estas descripciones son muy pictóricas, como cuadros en los que queda representada una escena. A veces, las escenas son tan complejas, que el propio Bécquer las califica como «imposibles de describir con palabras».

La fórmula narrativa que emplea Bécquer trata de reorganizar y fundir este material maravilloso y real para crear lo legendario. Y esto lo consigue dotando de valor simbólico a objetos

que sirven de enlace entre realidad y ficción. La banda azul de Beatriz que desencadena la tragedia; el anillo de Margarita, símbolo de una promesa más allá de la muerte; los cuadernos de música inacabados que conducen a la locura; el órgano manipulado por el espíritu de maese Pérez; el guante justiciero del marido de doña Elvira; o las sombras engañosas, conectan ambos mundos.

Por eso, el mayor acierto de Bécquer es haber sabido dar a los temas fantásticos un tratamiento realista, creíble. De esta manera, tanto los lectores como los propios personajes de las leyendas reconocen, con temor o sorpresa, pero siempre con toda naturalidad, esa presencia de lo sobrenatural en el mundo real.

Si la razón no es suficiente para explicar el mundo porque no es capaz de dominar la pasión de Alonso, o de conseguir que Manrique renuncie a un sueño absurdo, ni puede explicar que el alma de maese Pérez regrese de la muerte para tocar su órgano, ni aclarar por qué las ánimas deambulan durante la noche de difuntos, será necesario incluir en la realidad el mundo de los sentimientos, de lo oculto y misterioso, de lo inexplicable e incluso del más allá. Y eso es el Romanticismo.

Las Leyendas y el periodismo

Las *Leyendas* forman un grupo de dieciséis relatos escritos en prosa poética, estilo bastante innovador en esa época, que Bécquer publicó en prensa entre 1858 y 1864. El anhelo de conseguir una prosa cercana a la poesía lo compartía con el poeta francés Baudelaire, quien, en 1860, manifestaba:

«¿Cuál de nosotros, en sus días ambiciosos, no ha soñado el milagro de una prosa poética, musical sin ritmo y sin rima, lo

bastante flexible y contrastada para adaptarse a los movimientos rítmicos del alma, a las ondulaciones del ensueño, a los sobresaltos de la conciencia?».

Son relatos de extraordinaria sensibilidad, llenos de matices cromáticos y de efectos sonoros, que se basan en tradiciones medievales o del pasado, o en la propia invención del autor. Sus temas preferidos son el amor, la búsqueda del ideal, el enfrentamiento entre el bien y el mal o la fascinación por la creación artística.

Un aspecto muy importante es que las leyendas son textos literarios estrechamente vinculados al periodismo, con las implicaciones que ello supone. Bécquer debía escribir unos relatos dirigidos a un público amplio y no especialmente motivado por la literatura. Necesitaba sintonía con el lector, por eso lo hace cómplice en algunas leyendas; además, debía acomodarse a la condición política o social del periódico. Estos dos condicionamientos concurren en todas las leyendas publicadas en *El Contemporáneo*, periódico de claro matiz conservador y católico. «Si a alguno de mis lectores se le ocurriese hacerme la misma pregunta después de leer esta historia, ya sabe por qué no ha continuado el milagroso portento hasta nuestros días» referirá en *Maese Pérez el organista*.

No es necesaria esta vinculación en las dos leyendas de nuestra selección publicadas en *La América* (*La promesa*, *El beso*), ya que esta era una revista cultural y literaria, no política.

Consecuencia del carácter periodístico de las leyendas es también la significativa relación que existe entre el tema o la época recreada en algunas leyendas y la fecha en que fueron publicadas en prensa: *El Monte de las Ánimas* se publicó poco después del día de difuntos; *Maese Pérez el organista*, días después de Navidad, y *El miserere*, en Jueves Santo.

Bécquer era consciente de que sus leyendas debían adaptarse al público receptor, al formato periodístico y a la actualidad. Esta circunstancia propició que renovara el género literario de la leyenda, ya en crisis por esos años, y adoptó una serie de innovaciones. La primera consistió en el abandono del verso, que era la modalidad tradicional en la época para las leyendas (Zorrilla, Duque de Rivas), a favor de la prosa, más directa y comprensible para un lector no especializado. También redujo la extensión para adaptarse a las columnas que le facilitaba el periódico y, consecuentemente, simplificó la trama.

Así pues, las *Leyendas* de Bécquer no se distinguen de las de otros escritores de su tiempo por su originalidad temática sino por su capacidad de renovación del género. Esta renovación se apoya también en el sello personal que Bécquer imprime a la mayoría de sus narraciones, convirtiéndolas en vehículo de su atormentada y soñadora subjetividad e impregnándolas de una fuerza existencial muy parecida a la de sus rimas.

Esta edición

La presente adaptación de las *Leyendas* pretende un doble objetivo: respetar y mantener la fidelidad al texto original y acercar al lector juvenil al mundo legendario recreado por Bécquer. Para ello, se han simplificado estructuras sintácticas y se ha generalizado el vocabulario específico, que, en ocasiones, utiliza nuestro autor.

La selección, que ha buscado la variedad temática y de ambientes, incluye siete de las narraciones que la crítica acepta como inequívocas leyendas. Su orden responde a un criterio cronológico basado en la fecha en que fueron publicadas en prensa.



Leyendas

El Monte de las Ánimas¹

(Leyenda soriana)



La noche de difuntos² me despertó a no sé qué hora el sonido de las campanas. Su tañido monótono y eterno me recordó esta leyenda que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo. ¡Imposible! La imaginación, una vez estimulada, es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarle de la rienda. Para pasar el rato, decidí escribirla.

Yo la oí en el mismo lugar en que ocurrió y la he escrito girando algunas veces la cabeza con miedo, cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.

Pase lo que pase, allá va, como el caballo de copas.

¹ *Monte de las Ánimas*: monte situado a orillas del río Duero. El nombre es muy apropiado para situar en él la leyenda.

² *Noche de difuntos*: festividad religiosa cristiana, que sigue al día de Todos los Santos, y que se celebra el 2 de noviembre con el fin de orar por los fieles que han acabado su vida terrenal y especialmente por aquellos que se encuentran aún en estado de purificación en el purgatorio (las ánimas del purgatorio). Las creencias populares afirman que esa noche las ánimas de los difuntos salen de sus tumbas y vuelven a sus lugares de origen para participar en la cena con los vivos.

I

—Atad los perros, tocad las trompetas para que se reúnan los cazadores y regresemos a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Ánimas.

—¡Tan pronto!

—Si fuera otro día, acabaría con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración en los Templarios³, y las ánimas de los difuntos comenzarán a tañer su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinoso! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima. Tú ignoras lo que sucede en este país, porque hace menos de un año que has venido desde muy lejos. Frena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dura el camino te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos. Los condes de Borges y de Alcuéscar montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que encabezaban la comitiva a bastante distancia.

Mientras caminaban, Alonso narró de esta manera la prometida historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Ánimas pertenecía a los templarios, cuyo convento ves allí, a orillas del río. Los templarios eran guerreros y religiosos a la vez. Cuando se conquistó Soria a los árabes, el rey los trajo de tierras lejanas para

³ *Templarios*: la orden militar y religiosa del Temple fue fundada en 1118 para proteger a los peregrinos que iban a Tierra Santa, Jerusalén. Los templarios se instalaron en Castilla hacia 1130, durante el reinado de Alfonso VII. La orden creció muy aprisa y acumuló grandes riquezas hasta que Clemente V la disolvió en 1312, debido a algunos escándalos. Por eso fue un tema recurrente entre los románticos.



defender la ciudad por la parte del puente, ofendiendo con ello a sus nobles de Castilla, que habrían sabido defenderla solos, igual que la conquistaron. Entre los caballeros de la nueva y poderosa orden y los hidalgos de la ciudad fue creciendo durante años un odio profundo que acabó por estallar. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres. Los segundos decidieron organizar una gran cacería en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los clérigos con espuelas, como llamaban a sus enemigos. El desafío llegó a oídos de todos, y nada consiguió detener a unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño por evitarlo. El proyectado enfrentamiento se llevó a cabo. Aquello no fue una cacería. Fue una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres. Los lobos, a quienes se quiso exterminar, tuvieron un sangriento festín. Al final, el rey impuso su autoridad: el monte, que había ocasionado tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte, y en cuyo atrio⁴ se enterraron juntos amigos y enemigos, se convirtió en ruinas. Desde entonces, dicen que cuando llega la noche de difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en jirones de sus sudarios⁵, corren como en una cacería fantástica por entre la maleza y las zarzas. Los ciervos braman espantados, los lobos aúllan, las culebras dan horrorosos silbidos, y al día siguiente se han visto sobre la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria le lla-

⁴ *Atrio*: espacio limitado de los templos, que está situado en la parte exterior, a la entrada, generalmente más alto que el suelo de la calle.

⁵ *Jirones de sus sudarios*: trozos desgarrados de la tela que cubre el cuerpo de los cadáveres.

mamos el Monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él antes de que caiga la noche.

El relato de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso a la ciudad por aquel lado. Allí esperaron al resto de la comitiva a la que se incorporaron para, después, perderse entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

II

Los sirvientes acababan de quitar la mesa; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor, iluminando a grupos de damas y caballeros que conversaban familiarmente alrededor de la lumbre, y el viento azotaba los vidrios del salón.

Solo dos personas parecían ajenas a la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz, sumida en sus pensamientos, seguía con los ojos los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban silencio desde hacía rato.

Las dueñas⁶ narraban, acerca de la noche de difuntos, cuentos de terror cuyos protagonistas eran espectros y aparecidos; mientras, las campanas de las iglesias de Soria doblaban a lo lejos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima —exclamó al fin Alonso, rompiendo el largo silencio en que se encontraban—, pronto vamos a separarnos, tal vez para siempre; sé que no te gustan las áridas lla-

⁶ *Dueñas*: viudas que hacían de amas de llaves y de amas de compañía en las casas señoriales. Solían vigilar y dirigir a las demás criadas.

nuras de Castilla, sus costumbres toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales; te he oído suspirar varias veces, quizás por algún enamorado de tu lejana tierra.

Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia: todo un carácter de mujer se reveló en aquella despreciativa contracción de sus delgados labios.

—Tal vez por el lujo de la corte francesa, en la que has vivido —se apresuró a añadir el joven—. De un modo u otro, presiento que no tardaré en perderte... Al separarnos, quisiera que te llevases un recuerdo mío... ¿Te acuerdas de cuando fuimos al templo a dar gracias a Dios por haber recuperado la salud en esta tierra? La joya que sujetaba la pluma de mi gorra llamó tu atención. ¡Qué hermosa estaría sujetando un velo sobre tu hermosa cabellera! Ya ha sujetado el de una novia; mi padre se la regaló a mi madre, y ella la llevó al altar... ¿La quieres?

—No sé aquí —contestó la hermosa—, pero en mi país un regalo recibido supone un compromiso. Solo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un pariente...

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven que, después de serenarse, dijo con tristeza:

—Lo sé, prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos; hoy es día de ceremonias y presentes. ¿Quieres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron a quedarse en silencio, y volvió a oírse la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de espíritus y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ventanas, y el triste y monótono doblar de las campanas.

A los pocos minutos, se reanudó el diálogo de este modo: